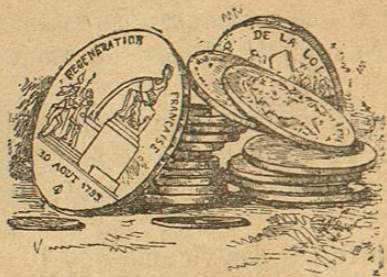


ganza, todo inundó los corazones de una embriaguez de muerte ó de sentimientos sombríos.

Al día siguiente aun fué peor. Las dos estatuas de la Libertad y de la Ley, aquellas figuras adoradas por el pueblo, que el domingo eran miradas como dioses, fueron despojadas de sus adornos, expuestas tristemente á las miradas sus partes menós honorables que habían sido veladas con paños, no sin algunas burlas imprudentes de los espectadores realistas. La multitud se enfureció, corrió á la Asamblea pidiendo venganza, afirmando que aquella deshonra era una desesperación; que obreros páfidos habían desnudado vergonzosamente á sus divinidades para entregarlas al desprecio de los aristócratas. Se apoderó de las estatuas, las vistió decentemente, las llevó como en desagravio á la plaza de Luis XV, y allí las tributó un culto frenético.



CAPITULO IX

LA invasión, terror y furor del pueblo (fin de Agosto).

Terror de París ante la noticia de la invasión (Agosto Septiembre 92).—Espera de un juicio solemne de la Revolución por los reyes.—Francia se vé sorprendida y fraccionada.—El rey prisionero era aun muy formidable.—Heroico impulso de Francia entera.—Nuestros enemigos en este cuadro inmenso no han querido ver más que un punto, una mancha de sangre.—Francia entera se da á la patria.—Abnegación y desesperación de las mujeres y de las madres.—Danton fué entonces la voz de Francia.—Pide las visitas domiciliarias.—Lucha de la Asamblea y de la Comuna.—La Asamblea intenta destruirla.—La Comuna quiere sostenerse por todos los medios.—Disposiciones á la matanza (fin de Agosto 92).

La acción de Longwy, la de Verdun, que se supo muy poco después, produjeron en París una sombría impresión de vértigo y de terror. Ya no había nada seguro. Era demasiado visible que el extranjero tenía inteligencias en todas partes. Avanzaba con una seguridad, una confianza significativa, como en un país suyo. ¿Quién le detendría antes de París? Nadie seguramente. ¿Aquí mismo, que resistencia sería posible, en medio de tantos traidores? ¿Y cómo distinguirlos? Todo el mundo sospechaba de su vecino; en las plazas y en las calles los transeúntes se miraban con desconfianza, inquietos; todos creían ver en todos á los amigos del enemigo.

Es indudable que un gran número de malos franceses le esperaban, le llamaban, se regocijaban por su proximidad, saboreaban la esperanza de la derrota de la libertad y la humillación de su país. En unas cartas halladas el 10 de Agosto en las Tullerías y que se guardan en nuestro Archivo, se anunciaba con alegría que los tribunales llegaban detrás de los ejércitos, que los parlamentarios emigrados instruían, mientras caminaban, en el campo del rey de Prusia, el proceso de la Revolución, preparaban las horcas para los Jacobinos. Ya, sin duda, á fin de proveer á estos tribunales la caballería austriaca en los alrededores de Sarrelouis prendía á las madres patriotas y á los republicanos conocidos. Con

frecuencia para ir más á prisa, los hulanos cortaban las orejas á los oficiales municipales que podían prender, y se las clavaban en la frente.

Este último detalle fué anunciado en el Boletín oficial de la guerra y no es inverosímil, á juzgar por las terribles amenazas que el mismo duque de Brunswick lanzaba contra los países invadidos y las plazas sitiadas y también por la intimación que hizo á la de Verdun. Conociase en esto la mano de los emigrados, se encontraba su espíritu en sus palabras furiosas que un enemigo ordinario no hubiera pronunciado. Ya Bouillé, en su famosa carta de Junio de 1791, amenazaba con no dejar en París, piedra sobre piedra.

París se sentía en peligro; en él, seguramente, quería hacerse un gran ejemplo. Todo el mundo comenzaba á hacer examen de conciencia y nadie había que pudiera creerse seguro. Lafayette, el imprudente defensor del rey, que parecía haber lavado suficientemente con la sangre del Campo de Marte su gestión cerca de la Asamblea, sus atrevimientos revolucionarios, ¿no estaba encerrado en un calabozo? ¿Qué les sucedería á los treinta mil, mucho más culpables, que habían ido á Versalles á prender al rey, á los veinte mil que habían invadido el castillo el 20 de Junio, que lo habían forzado el 10 de Agosto? Todos seguramente criminales de lesa majestad. Las mujeres, en todas las familias, comenzaban á sentir gran inquietud, no dormían y sus imaginaciones turbadas, no sabiendo lo que ocurría, engendraban sueños terribles. Los mismos temores, las mismas calamidades, producen los mismos terrores. Aquellos espíritus aterrorizados por su misma debilidad se convertían en poetas, grandes y sombríos poetas, legendarios como los de la edad media. La filosofía no tenía intervención alguna. A fines del siglo diez y ocho, según Voltaire, después de todo un siglo de duda, la imaginación es la misma; ¿y por qué? por que el miedo es el mismo. Como en los tiempos de las invasiones bárbaras, como en los tiempos de las guerras inglesas es el azote de Dios que se acerca, es el juicio final.

He aquí cómo se verificará este juicio (seguimos en esto el pensamiento popular tal y como los periódicos lo recogieron entonces). En una gran llanura desierta, probablemente en la llanura de Saint-Denis se verá arrastrada toda la población, arrojada á manadas á los pies de los reyes aliados. Con anterioridad la tierra habrá sido devastada, las ciudades incendiadas: «Por que han dicho los soberanos los desiertos valen más que los pueblos sublevados. Poco les importará si queda un reino á Luis XVI, si vive ó si muere; su peligro no les detendrá. Allí, pues, ante aquellos vencedores implacables, se hará una separación de los buenos y los malos, los unos á la derecha, los otros á la izquierda. ¿Quiénes serán los malos? Los revolucionarios sin duda alguna: perecerán, se les guillotinará. Los reyes aplicarán á la Revolución el suplicio que esta ha inventado.... «Ya en el fondo de sus palacios, en medio de sus orgías secretas, los aristócratas saborean aquel espectáculo, hacen

colocar entre los platos pequeñas guillotinas para decapitar á su gusto la efigie de los patriotas.»

Mas si este gran juicio debe alcanzar á todos los revolucionarios, quiénes se librarán? ¿Quién no ha participado de una manera ó de otra en la Revolución! Todos perecerán y en Francia y en toda la tierra el juicio será universal. Ningún país, es cosa convenida entre los reyes, servirá de asilo á los proscritos. Los que ya hayan pasado á países extranjeros serán perseguidos. Nada quedará sobre el globo de aquella raza condenada; sólo, tal vez, las mujeres que se reservarán para ser ultrajadas por el vencedor.

¡Ah! no serán solo los hombres los que perezcan, si no tambien el pensamiento de Francia. Hemos creído neciamente que la justicia era justa, que el derecho era el derecho, y la autoridad que llega, soberana y sin apelación, vá á cambiarlo todo. No viene para vencer solamente, si no para juzgar, para condenar á la Justicia. Esta será abolida y la Razón amordazada como enajenada y loca. Los jueces llegan con el ejército de los bárbaros y con ellos los sofistas, para confundir á la pobre Revolución, para contrariarla y mofarse de ella, de suerte que quede balbuciente, ruborizada como un niño intimidado que ya no sabe lo que dice. Vendrá en el ejército del rey de Prusia el gran Mefistófeles de Alemania, el doctor de la ironía para matar con el ridículo á aquellos á quienes no haya matado la espada. Por nada del mundo querrá Goethe perder una ocasión semejante para observar los desalientos del entusiasmo y las decepciones de la fe.

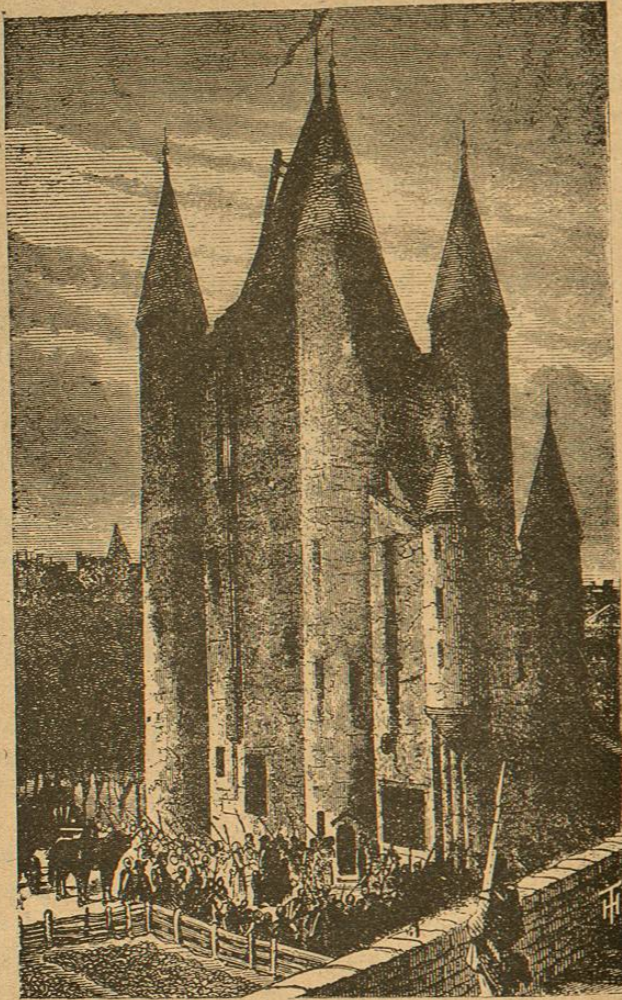
Sorpresa dura y cruel, verdaderamente lastimosa. El pueblo cree, predica, enseña, trabaja en pro del mundo, habla por su salvación, y el mundo, su discípulo, vuelve la espalda contra él.

Figuraos á un pobre hombre que se despierta asustado, que se ha creído entre amigos y que no vé más que enemigos; «¡Mis armas! ¿dónde estas mis armas?—¡Si no tienes, pobre loco! ¡Te las hemos quitado!

Esta es la imágen de Francia. Se despertó y se sintió sorprendida. Era aquello como una gran cacería del mundo contra ella y ella era la caza. España y Cerdeña por detrás la tenían cerrada la red, por delante Prusia y Austria le enseñaban los venablos: Rusia la empujaba y la Inglaterra se reía. Francia retrocedía á la madriguera y la madriguera estaba vendida al enemigo. La madriguera estaba completamente abierta, sin muro, ni defensa. Después que nos casamos con una austriaca, hemos dejado prudentemente en la frontera más expuestas nuestras murallas por el suelo. ¡Nación buena y crédula, confiada en Luis XVI, había creído que querría seriamente detener los ejércitos de los reyes, sus libertadores; confiada en sus ministros, que se decían revolucionarios, había creído la palabra agradable de Narbonne. «Todo lo he visto», había dicho; había visto armas y no las había, municiones y tampoco las había, ejércitos y eran nulos, desorganizados, moralmente destrui-

dos. Un hombre poco seguro, Dumouriez, que no retrocedió ante aquella situación desesperada, se encontró en un momento con que no tenía más que quince mil ó veinte mil hombres contra cien mil soldados viejos.

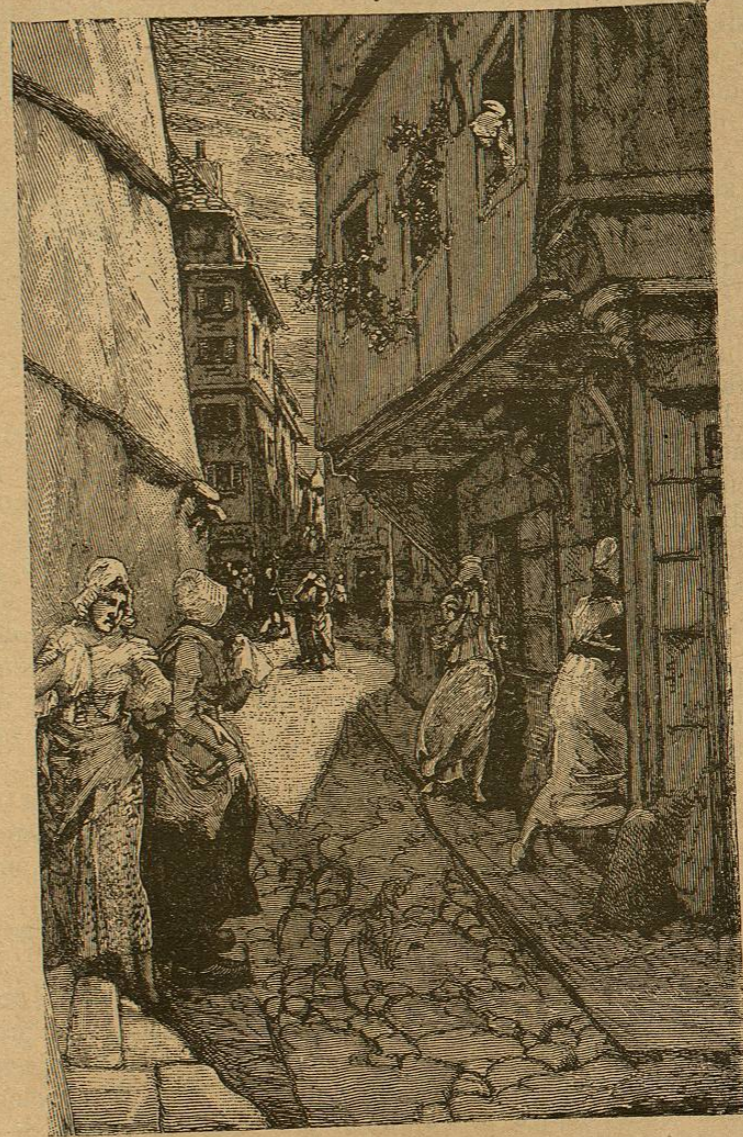
Y el peligro exterior no era el mayor; los prusianos eran enemigos



El Temple (Pág 172)

menos terribles que los curas; el ejército que venía por el Este era poco en comparación con la gran conspiración eclesiástica para armar á los aldeanos del Oeste. París estaba bajo el golpe de la traición de Longwy cuando supo que las campiñas de Deux-Sevres habían tomado las armas; este era el comienzo de un largo reguero de pólvora. En el momento estalla y Morbihan se incendia. La democrática Grenoble es el hogar de

un complot aristocrático. Los correos llegaban uno tras de otro á la Asamblea nacional que apenas había tenido tiempo de reponerse de los



Aquellas mujeres no pudieron contenerse; lloraron por Francia en lugar de llorar por sus hijos (Pág. 189)

efectos de una noticia, cuando llegaba otra más terrible. Se estaba bajo la impresión de estos peligros del interior, cuando se supo que en el Norte se ponía en movimiento la retaguardia de la gran invasión, un cuerpo de treinta mil rusos.